

dante bibliografía crítica es proporcionada al final del libro. Al concluir su obra, el autor deja perfilada la dimensión histórica de Weber, con el siguiente párrafo:

Weber ha sido uno de los pocos personajes que ha tenido el valor de mantener fidelidad a una conciencia muy personal y autónoma, que se ha enfrentado a una despiadada lucha contra la mediocridad del ambiente, pagando el alto precio que esto supone, manteniéndose en esta batalla con un estoicismo heroico, y con la humildad de un gran hombre que sabe que está muy adelante de su época y que a pesar de ello su obra va a ser rebasada por esa realidad.

*José Luis Hoyo A.*

SOTELO, Ignacio, *Sociología de América Latina*. (Estructuras y problemas), Madrid, Editorial Tecnos, Colección de Ciencias Sociales, Serie de Sociología, 1972.

La bibliografía sobre América Latina se incrementa constantemente, por lo cual resulta difícil en la actualidad distinguir las aportaciones originales de los trabajos redundantes con aportaciones personales mínimas. El libro que ocupa esta reseña tiende a ser una excepción, en la medida en que plantea un enfoque integrativo de las más distinguidas aportaciones, tanto de la sociología como de otras especialidades. El autor dividió su obra en tres partes básicas: sociología e historia, estructuras básicas y portadores de cambio. Completando la idea de la composición de la obra, se enuncian los títulos de los nueve capítulos que la componen: I. La recepción de la sociología en América Latina; II. Feudalismo o capitalismo; III. Hacia una tipología de la colonización iberoamericana; IV. Estructura y reforma agrarias; V. Urbanización y superurbanización; VI. La industrialización encallada; VII. Marginalidad y dependencia; VIII. Los sectores populares; IX. Los sectores medios.

Como planteamiento previo al análisis de la estructura social en los países latinoamericanos, Sotelo expone sintéticamente el desarrollo del pensamiento sociológico de la zona, resaltando la influencia del pensamiento europeo y norteamericano en la elaboración de "teorías sobre el subdesarrollo, la dependencia, colonialismo interno, sociedad dual, etcétera". Para este autor, la mayoría de las elaboraciones sociológicas versan en torno a dos esquemas fundamentales: el dualista y el monista. El enfrentamiento de estos esquemas ha sido tema de múltiples debates, matizados de posiciones ideológicas, en ocasiones irreductibles. Sus consecuencias para la formación del pensamiento científico, y el planteamiento de investigaciones sistemáticas, es formulado claramente por Sotelo:

La contraposición de estos dos esquemas es sintomática y reveladora de los peligros de la "contraideología". Rechazar el esquema dualista —lo hemos dicho, mostrando la endeblez de sus supuestos historicofilosóficos— no tiene por qué implicar la aceptación de un esquema simétricamente inverso. Lo grave es que esta dicotomía eche raíces, como expresión ideológica de una ciencia "revolucionaria", "marxista", "proletaria" o como se quiera llamar. La crítica bien merecida a la "sociología científica" no puede vaciarse de sentido, tirando por la borda categorías y téc-

nicas de investigación social que, desde otros supuestos, pueden dar óptimos resultados. El estudiante latinoamericano, sobre todo desde el escándalo del "Proyecto Camelot", tiende a acusar demasiado precipitadamente de "imperialista", cualquier intento serio de hacer ciencia social.

Ante este riesgo, el investigador español asienta claramente que, si bien una estrategia múltiple puede ser valiosa, no debe ignorar las interrelaciones entre los distintos elementos que genera el subdesarrollo. Los análisis simplistas que conllevan al enfrentamiento de ideologías y contraideologías, subraya, finaliza en una congelación de la práctica, al negarse a desplegar potencialidades reales, impidiendo estos análisis de ir más allá de esquemas preconcebidos.

En el último inciso del primer capítulo, al proponer el quehacer de la sociología latinoamericana Sotelo afirma que el especialista, principalmente durante el último lustro, ha incrementado su posición crítica en relación con los métodos y planteamientos surgidos en otros contextos y transportados mecánicamente. Por otra parte advierte que ha aumentado el interés por los problemas propios de las distintas realidades nacionales, esto es, estancamiento económico, aumento de la violencia, tanto revolucionaria como contrarrevolucionaria, incapacidad de operación de las formas políticas demoliberales, consolidación de dictaduras militares, reforzamiento de la represión, crecimiento vertiginoso de la población, etcétera.

Sotelo enfatiza la posición analítica, desprovista de emotividad, que debe guardar el estudioso de las ciencias sociales, como queda claro en el siguiente párrafo:

... Más que nunca se impone el rigor científico, el análisis preciso, la utilización apropiada de las técnicas aprendidas, de los institutos y equipos que han surgido en estos últimos quince años, cuyo nivel es a veces comparable con el de sus equivalentes europeos o norteamericanos. Por vez primera en una ya larga historia, la sociología latinoamericana se halla en condiciones de contribuir decisivamente al conocimiento de su propia realidad social; sin saber a punto fijo, en dónde se encuentra, malamente podrá encaminarse hacia un futuro mejor.

Probablemente uno de los capítulos más consistentes sea el relativo a la industrialización, no solamente por el acopio de datos y la inclusión de información de las más diversas fuentes, sino también por la utilización de un buen análisis del desarrollo industrial de México, el que, según el autor, se encuentra en el final de la fase de la sustitución de importaciones. Se señalan dos características del desarrollo industrial mexicano, que según Sotelo aparecen con mayor claridad que en otros países de la región. En primer término considera la importancia que el sector público ha tenido en el desarrollo industrial y la política de intervención estatal en la economía, tanto a través del Banco de México como por Nacional Financiera. Observa que, si bien en México prevalece una economía mixta, en época reciente ha disminuido su fuerza para aumentar, por otra parte, el poder del capital privado. La segunda característica del desarrollo industrial mexicano ha sido el control, por parte del Estado, de los sindicatos, lo que ha permitido, según Sotelo, estabilizar los salarios a un nivel muy bajo desde la perspectiva internacional, si bien han sido mayores que los salarios e ingresos del campo. La clase obrera mexicana, nacida en su mayor parte en el campo,

no ha desarrollado la conciencia y las formas típicas de las luchas del proletariado industrial, siendo resultado del paternalismo estatal. El control político y sindical de los trabajadores, al congelar de hecho los salarios, ha tenido como consecuencia un papel decisivo en la estabilidad monetaria. Si bien al país se le han presentado serias dificultades en su proceso de industrialización, Sotelo afirma que el problema de la industrialización de la América Latina depende, fundamentalmente, del destino industrial de México, Brasil y Argentina. Sugiere, por otro lado, que para industrializar a los países de habla española y portuguesa es necesario, en primer término, una transformación radical de sus estructuras internas que permita una mejor distribución del ingreso, con la expansión consiguiente de los mercados internos. En segundo lugar el control estatal de las relaciones con el exterior, tanto en las exportaciones y divisas, como de las importaciones de capital y su inversión y, finalmente, una tecnología propia capaz de absorber parte de la mano de obra disponible. Estas tres condiciones, dice Sotelo que son imposibles de realizar bajo un régimen capitalista dependiente, como el que caracteriza al total de los países latinoamericanos en el mundo actual.

Para finalizar el estudio de la industrialización y su viabilidad, señala que en América Latina el único motor de desarrollo industrial concebible en este momento es el Estado, si bien la debilidad y corrupción del aparato estatal es uno de los síntomas más pertinaces del subdesarrollo. Solamente la creación de un Estado fuerte que se enfrente a los intereses oligárquicos del interior, y los hegemónicos del exterior, podrá ser la base de una primera meta a alcanzar. El estudio de las características históricas, sociales y económicas de los Estados de las distintas naciones latinoamericanas, poniendo énfasis en los grupos sociales que pueden llegar a controlarlo, al servicio de un desarrollo autónomo, constituye el tema central de la sociología latinoamericana de los años 70.

El libro contiene, desde luego, otros sistemas que revisten interés para los estudiosos de los problemas latinoamericanos. No obstante, es importante centrar la atención en los capítulos e incisos relativos al análisis de los sectores medios como promotores del socialismo. En este sentido, su diagnóstico de la universidad latinoamericana es especialmente pertinente, dadas las circunstancias por las que atraviesa, no solamente la Universidad de México, sino también las universidades nacionales de Colombia, Perú, Argentina, Venezuela y algunas otras como las de Uruguay, Ecuador y Bolivia. En términos generales, y desde un punto de vista un tanto abstracto, Sotelo señala que el crecimiento demográfico que invade a las universidades de corte tradicional, se encuentra totalmente en quiebra; pero que, sin embargo, no ha sido posible sustituir este tipo de institución por otra más adecuada a las necesidades de la región. Si bien es cierto que la historia de algunas universidades se puede localizar poco después de la colonización española, su orientación básica después de la Independencia proviene del modelo francés, en el que predomina una enseñanza retórica y memorística, meramente receptiva, con ausencia casi absoluta de investigación; su función se ha reducido a formar en una cultura general difusa a las minorías dirigentes y a la preparación de unos cuantos profesionales que son necesarios en una sociedad preindustrial, como son los médicos y los abogados. Para realizar una reforma a fondo,

faltan los medios económicos y humanos, y sobre todo la demanda social del sistema de profesionales especializados. En las condiciones actuales, afirma el profesor Sotelo, los repetidos ensayos para implantar una enseñanza superior adecuada, básicamente técnica y científica, están condenados al fracaso, y se pregunta ¿de qué sirve preparar ingenieros agrónomos idóneos, si la estructura agraria dominante impide su aprovechamiento y no ofrece otra alternativa que el paro o el vegetar en la burocracia ministerial?, ¿acaso cabe una universidad moderna y eficaz en una sociedad subdesarrollada? La modernización de la enseñanza va a la zaga del cambio de estructuras y no a la inversa; dentro de los actuales condicionamientos son posibles correcciones de detalle, pero no la transformación radical del sistema de educación, según las exigencias de un desarrollo integral.

Para Sotelo la reforma de la enseñanza es un momento específico de la política general de reformas estructurales, y únicamente puede llevarse a cabo en relación y dependencia con cambios básicos de los demás sectores.

En el análisis del activismo político de los estudiantes, Sotelo observa que la frustración del alumnado, del que participa de manera creciente el profesorado no numerario, lleva consigo un alto grado de politización. Si no se descubre en el horizonte una salida característica razonable, no queda más que esperar que un cambio radical de estructuras acabe con la contradicción que se vive con conciencia cada vez más lúcida: está todo por hacer para superar la situación de subdesarrollo, y no hay más que hacer, dado el paro académico en aumento.

El autor rubrica este aspecto del papel de la universidad en las naciones latinoamericanas señalando que:

... El peso desproporcionado de la política estudiantil, por otro lado, permite a sus líderes el saltar con relativa facilidad al *establishment* político. No el éxito académico, sino el liderazgo político, constituye el verdadero canal de ascensión social: lo que refuerza la politización de la universidad. Una politización desmesurada disminuye a su vez el valor formativo y científico de la universidad, fomentando una retórica, tan hueca como la tradicional, aunque ahora en una jerigonza revolucionaria.

Otro aspecto positivo de este libro es que el autor reconoce las limitaciones de una obra de esta naturaleza, al tener que dejar fuera temas importantes. Sin embargo, el profesor Sotelo presenta su propia perspectiva, planteando dos tesis que le parecen básicas para un desarrollo latinoamericano independiente. La primera de ellas relativa a los cambios estructurales, con su consiguiente variedad de conflictos y violencia; en segundo término, la readaptación de las exportaciones latinoamericanas a la nueva estructura del comercio internacional.

Intentando hacer pronósticos, prevé que las grandes diferencias entre los países latinoamericanos tenderán a aumentar, y específicamente se agravará la oposición tradicional entre Brasil, Uruguay y Argentina y los países de la región andina. Pronostica también que, más que una integración de los países latinoamericanos, se podrá observar la formación de bloques como el grupo andino, la cuenca del Plata, Brasil y zonas de influencia, México y la América Central, dentro

del marco de una oposición creciente. El autor es escéptico en cuanto al éxito de los movimientos campesinos armados, y aunque no niega su importancia, le parece imposible que desde el campo se conquiste el poder.

En cuanto a la implantación del socialismo en Latinoamérica, Sotelo observa que su configuración estará muy alejada del modelo clásico, pero en su lugar pondrá en marcha una "dictadura desarrollista"; al respecto, dice Sotelo textualmente:

... controlada por los sectores medios mejor calificados, que amén de conservar sus privilegios, llevarán a cabo una política de desarrollo económico y social, una vez transformadas las estructuras básicas. El establecimiento de estos gobiernos "revolucionarios" y "antimperialistas", será tolerado por la potencia hegemónica, cada vez más reacia a una intervención directa —los riesgos son incalculables— y en fin de cuentas convencida de que el advenimiento del "socialismo", no tiene necesariamente que significar un desplazamiento definitivo de sus intereses básicos, sino que cabe su replanteamiento a largo plazo, incluso beneficioso para ambas partes. Las relaciones económicas crecientes entre los países "capitalistas" y "comunistas", constituye el antecedente paradigmático de lo que pueden ser un día las relaciones entre una América Latina "socialista" y el resto del mundo, incluyendo el "coloso del norte".

Por lo polémico, lo bien documentado, lo objetivo y lo fácil de su lectura, este libro puede recomendarse ampliamente, no sólo para ser utilizado en cursos que toquen de alguna manera los problemas estructurales de América Latina, sino también por los investigadores especializados en el área, diplomáticos, funcionarios responsables de la política exterior, etcétera.

Raúl Béjar Navarro

Alí, TARIK, *Los nuevos revolucionarios*, México, Ed. Grijalbo, 1971, 463 pp.

La Editorial Grijalbo ha publicado recientemente, bajo el título de *Los nuevos revolucionarios*, una recopilación de TARIK ALÍ, militante del movimiento estudiantil inglés, en la que se reúnen gran cantidad de trabajos sobre los procesos revolucionarios en la mayor parte del mundo.

En esta recopilación encontramos una información de carácter muy variado, tanto desde el punto de vista de la calidad de los textos, como de la importancia y el prestigio de los autores: dirigentes revolucionarios como Ernesto Guevara, Fidel Castro, Eldridge Cleaver, etcétera; intelectuales de la talla de Ernest Mandel, militante de la IV Internacional y autor de importantes aportaciones a la teoría económica marxista, y un gran número de dirigentes estudiantiles como Danny Cohn Bendit, Rudi Deutschke, Vitorio Rieser y los polacos Jacek Kurón y Karel Modzelewski, junto a otros revolucionarios menos conocidos, pero que proporcionan también datos e informaciones sobre el estado de la revolución en sus respectivos países.

En general, los autores introducen en sus artículos enfoques ideológicos que afectan la objetividad de sus interpreta-

ciones de los procesos revolucionarios. Mandel y Vitorio Rieser constituyen las excepciones del libro, porque a diferencia de los demás autores, sus análisis se encuentran normados por un criterio científico que se revela en su búsqueda de las posibilidades objetivas de acción que tienen los diferentes sectores y clases sociales, dentro de su contexto político específico.

Los temas que trata el libro pueden ser agrupados así: 1º, la Revolución Cubana y los combatientes del Tercer Mundo, y 2º, las revoluciones en los países capitalistas y los países socialistas de Europa, donde la crítica se dirige principalmente hacia los partidos comunistas tradicionales.

El primer grupo de artículos analiza los problemas de la revolución en el Tercer Mundo —incluida la de la comunidad negra norteamericana—, proporcionando un panorama de su problemática: su situación común de naciones subdesarrolladas sometidas a la explotación de las grandes compañías internacionales y con una bajísima participación en la redistribución internacional del ingreso. Este tipo de desarrollo ha generado una estructura social cuyas contradicciones han situado al Tercer Mundo en el primer frente de la revolución mundial, como lo comprueban los casos de América Latina, Indonesia, Sudáfrica, Medio Oriente, etcétera.

El proceso revolucionario abarca también a los países altamente industrializados y surge como expresión de la crisis del sistema capitalista a nivel mundial y del sistema de dominación burocrática en los países del bloque soviético. Los trabajos que se refieren a la lucha revolucionaria en los países neocapitalistas y en los países socialistas son los mejores del libro. Presentan un examen del proceso revolucionario que intenta revelar las alternativas del movimiento en los países capitalistas desarrollados, así como establecer los aspectos que debe abarcar un programa que oriente la acción de los grupos revolucionarios en los países de Europa Oriental.

El movimiento revolucionario del siglo xx ha sido poderosamente influido por el papel que los partidos comunistas han jugado a partir del triunfo de Stalin. La política del socialismo en un solo país desalentó el vigor del movimiento obrero en Europa y trajo como consecuencia el predominio de aspiraciones reformistas que eran asimiladas por el sistema capitalista a través de las organizaciones sindicales y los partidos comunistas; en este proceso se estableció un complejo equilibrio de fuerzas, que hasta ahora ha impedido que la clase obrera desarrolle una conciencia revolucionaria. Sin embargo, la dinámica de desarrollo de la sociedad capitalista ha generado nuevas fuerzas de oposición revolucionaria, como son los movimientos estudiantiles que recorren toda Europa desde Madrid hasta Berlín.

El movimiento estudiantil, como lo señalan Mandel, Rieser y Deutschke, se da en una situación sociológica que facilita su movilidad como grupo de oposición revolucionaria. Los estudiantes tienen los ingresos más bajos de la sociedad burguesa, al mismo tiempo que objetiva e ideológicamente se encuentran separados de la clase a la que corresponden sus familias, y sin incorporarse aún a su futuro rol profesional. Por otra parte, la conciencia de los límites históricos del capitalismo, que ha adquirido el movimiento, le permite rechazar la ideología del sistema que el Estado defiende a través de